

# LA DESVANECIDA RUTA DE LA AMBICIÓN NACIONAL. LA TENSIÓN HISTÓRICA ENTRE EL PROYECTO NACIONAL MEXICANO Y SU ENTORNO INTERNACIONAL

*Lorenzo Meyer\**

## CONTENIDO

Un punto de partida	46
Definición	46
Nacionalismo y globalidad	47
Problema central	50
La evolución del proyecto nacional mexicano	51
Un proyecto nacional evanescente	54
A la búsqueda del proyecto nacional para el siglo XXI	56
Las posibilidades del futuro	57
¿Hacia dónde queremos ir?	60
Referencias	61

---

\* Profesor-investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México: <lmeyer@colmex.mx>.

## UN PUNTO DE PARTIDA

Un país cuyas élites dirigentes no sean capaces de formular un gran proyecto colectivo de cara al futuro, aceptado como legítimo por la mayoría de sus ciudadanos y que sirva de elemento guía en la toma de las grandes decisiones políticas, corre el peligro de convertirse en una comunidad sin derrotero y, con el correr del tiempo, en derrotada desde adentro. Obviamente, la formulación de esa aspiración —el proyecto nacional— y el acuerdo en lo fundamental que implica no son garantía de éxito, en cambio su ausencia sí es un claro indicador de problemas de fondo respecto del porqué y para qué de una nación. En el México actual, que celebra el bicentenario y el centenario de dos grandes proyectos nacionales —el de 1810 y el de 1910— se nota ya la ausencia de uno similar, adecuado al siglo XXI. El nuevo proyecto es indispensable para hacer frente a los muchos problemas acumulados —algunos durante siglos— y los que están emergiendo en el contexto de la globalización del mundo postestadounidense de este siglo.<sup>1</sup>

## DEFINICIÓN

Como la mayoría de los conceptos empleados por el análisis político, el de proyecto nacional es ambiguo y finalmente su definición está sujeta al contexto en el que se le use. Para los propósitos de este ensayo, el proyecto nacional es la gran propuesta de futuro colectivo elaborada por un grupo, partido político o coalición y a la que sus proponentes atribuyen posibilidades razonables de éxito si logra el respaldo del resto de los actores políticos clave y, sobre todo, de la voluntad ciudadana. Esta propuesta implica necesariamente plantear una interpretación del pasado, un diagnóstico del presente y una visión del futuro, así como los medios y las fórmulas para lograr que el ejercicio del poder político se enfoque en dar respuesta a los grandes problemas nacionales de su época. En este sentido, un proyecto nacional es la medida de la ambición de futuro de un país.

<sup>1</sup> El concepto de mundo postestadounidense aplicado al sistema internacional contemporáneo lo definió Fareed Zakaria en *The Post American World* (2008). La idea central es que la Pax Americana concluyó. No es, según el autor, el declinar de Estados Unidos sino el surgimiento de otros, de nuevas ambiciones en naciones que tienen la posibilidad de definir sus propios proyectos sin subordinarse al estadounidense.

Todo diseño del porvenir general implica una concepción de la naturaleza humana y de la sociedad; es ahí donde se localiza la raíz de las diferencias entre proyectos de izquierda, derecha y centro. Por otra parte, un proyecto nacional digno de tal nombre contiene, aunque no de manera explícita, una cierta dosis de pensamiento utópico, aunque no puede alejarse mucho del reino de lo posible so pena de perder su utilidad como instrumento político.

Es tan natural como inevitable que en cada época convivan y choquen dos o más propuestas sobre cómo organizar el presente para dar forma al porvenir; de ahí que en cualquier periodo histórico la textura de su proceso político puede interpretarse justamente como resultado de la puesta en práctica de un proyecto o del conflicto entre alternativas de proyecto. En cualquier caso, estos procesos transcurren en dos planos: a) en el de la lucha por lograr o mantener el control de los instrumentos de poder y b) en el esfuerzo por conquistar y retener la imaginación de la base social como sustento de la legitimidad del proyecto.

Toda propuesta nacional de porvenir es una construcción ideológica que suele tener su origen en las élites intelectuales, que es adoptada por una dirigencia política para luego ser popularizada a fin de que sus ideas básicas penetren en sectores sociales más amplios. Esta tarea de ampliación y penetración es un esfuerzo tanto teórico como práctico de dirigentes y partidarios. La liga entre una propuesta de futuro y una clase o grupo social puede resultar evidente en lo abstracto, pero en la práctica lo normal es la complejidad: un proyecto de nación exitoso suele ser el resultado de negociaciones, alianzas, conflictos y contradicciones entre individuos, grupos, regiones, intereses, clases y naciones. En tanto que los estados nacionales son los actores centrales del sistema internacional, cualquier proyecto que adopten implica una visión y una posición frente al resto de la comunidad mundial. Así pues, un componente medular del proyecto nacional —a veces el principal— es su propuesta en torno a la relación que el país debe tener con el resto de los actores internacionales.

## NACIONALISMO Y GLOBALIDAD

Las dos guerras mundiales del siglo XX se convirtieron en otros tantos argumentos contundentes en contra del nacionalismo, definido por el famoso

doctor Johnson como ese “último refugio de un sinvergüenza”.<sup>2</sup> Sin embargo, el nacionalismo es un concepto muy elusivo y una realidad plurivalente. En numerosas ocasiones efectivamente el concepto ha servido de máscara ideológica para capturar el poder, neutralizar a los adversarios, aplastar a los críticos y disidentes, sojuzgar a las minorías y avasallar a otras naciones. Sin embargo, el nacionalismo también ha probado ser una fuerza liberadora, un elemento unificador que permite la creación de identidades con instituciones soberanas —la comunidad política imaginada, en términos de Benedict Anderson (1983: 15)— y que por eso abre la posibilidad de autonomía o autodeterminación de una colectividad antes sin voluntad política propia.

El nacionalismo moderno surgió al final del siglo XVIII, pero como resultado de sus excesos en el siglo XX y tras el fin de la Guerra Fría en la década de 1980, se abrió la posibilidad de que las visiones nacionalistas cedieran su lugar como elemento definitorio de los objetivos de un Estado nacional a fuerzas económicas y culturales supranacionales, auténticamente globales, supuestamente menos agresivas y más a tono con la posmodernidad. Esa visión la expresó en 1992 de manera brillante el académico estadounidense Francis Fukuyama, al anunciar que el triunfo de su país sobre sus adversarios soviéticos había cambiado radical y permanentemente la dinámica de la historia mundial. A partir del fin de la bipolaridad por el fracaso del “socialismo real”, lo determinante a nivel del sistema global, según Fukuyama, no sería más la lucha entre ideologías y potencias, sino la lógica del mercado en lo económico y la democracia liberal en lo político (Fukuyama, 1992). Sin embargo, poco tiempo después de formulado el augurio, se hizo evidente que la nueva época no sería como la había previsto ese politólogo de la Universidad Johns Hopkins y alumno de Samuel Huntington, sino que sería muy semejante al pasado.

La crítica a la tesis de Fukuyama no provino sólo de quienes se encontraban en el lado opuesto del espectro ideológico, es decir, de la izquierda, sino también de un distinguido correligionario neoconservador: Robert Kagan. Este cofundador del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” consideró que Fukuyama había confundido una coyuntura excepcional con un rasgo permanente. El momento de euforia conservadora —la propuesta del

<sup>2</sup> En estricto sentido, la cita atribuida por James Boswell a su famoso biografiado, Samuel Johnson, en 1775, se refiere al patriotismo: “*Patriotism is the last refuge of a scoundrel*”.

“pensamiento único”— fue producto del espectacular triunfo de Estados Unidos sobre los soviéticos y rápidamente se disipó. Pronto quedó claro que el indiscutible papel de superpotencia de Estados Unidos no implicaba la anulación de la tradicional política del poder en el sistema mundial ni tampoco que el mercado fuese siempre el factor que lograra la más eficiente y justa distribución de los bienes de una sociedad nacional o internacional (Kagan, 2008). Fue en este contexto en el que el nacionalismo, junto con el Estado y la política, volvió a recuperar su importancia teórica y práctica en todos esos países que actualmente están marcando el carácter del mundo postestadounidense —la expresión es de Zakaria (2008)—, empezando, claro está, por los propios Estados Unidos, pero incluyendo también a China, Rusia, Japón, India, Brasil o Irán, por citar ejemplos evidentes. Kagan sostiene que es en esa “ambición nacional” donde se encuentran las explicaciones lo mismo de la política imperial estadounidense en Iraq en 2003 que en la dura reacción rusa contra Georgia en 2008; en el costoso proyecto espacial de China o en la insistencia de Irán en desafiar al “Gran Satán” con su rechazo a Israel, la construcción de cohetes y su proyecto nuclear.

En relación con el nacionalismo de Estados Unidos, Kagan sostiene que para los ciudadanos de ese país “la esencia de su patriotismo está inextricablemente ligada a la idea de que históricamente la razón de ser de su nación, es global” (Kagan, 2008: 50). Desde su origen, y frente al mundo externo, Estados Unidos buscó no sólo su seguridad y nuevas oportunidades económicas, sino también imponer a los demás sus preferencias políticas y morales. Como cualquier superpoder, el estadounidense ha sido muy celoso de su propia autodeterminación, pero cuanta vez le ha convenido y ha podido, y sin importarle que eso contradiga principios fundamentales, ha buscado limitar la autodeterminación de otros. El triunfo de Estados Unidos sobre la URSS y el advenimiento de la globalización económica al finalizar el siglo XX no disminuyeron la vieja ambición de dominio —la vocación de imperio de Estados Unidos—, simplemente la dirigieron hacia nuevas metas.

La tesis de Kagan sobre el nacionalismo imperial de Estados Unidos es, en buena medida, una reafirmación de otra elaborada hace medio siglo, aunque de manera menos agresiva, por el profesor de Harvard, Louis Hartz, un gran estudioso de la ideología estadounidense. En su estudio clásico sobre el liberalismo en ese país, Hartz identificó como característica central de la doctrina política estadounidense —que él llamó “americanismo”— una polaridad: el aislacionismo por un lado y el mesianismo por el otro. El

primero alentaba al país a alejarse de todo lo que le es extraño y el otro lo impulsaba a transformar lo extraño en algo familiar, pues simplemente no podía convivir con lo que le era chocante. Y esa tendencia ha sido interpretada como una misión histórica, como una cruzada o “imperialismo mesiánico” —otro término de Hartz— de Estados Unidos para empujar al resto de la humanidad hacia un orden moral “superior”, basado en el “absolutismo americano”, justamente ese que Fukuyama creyó que finalmente había triunfado.

El orden global al que aspiran los dirigentes estadounidenses es uno basado en unas normas morales que se consideran evidentes y que han hecho que esa nación se contemple a sí misma como aquella “Ciudad en la montaña” (*City Upon the Hill*) de la que habló en 1630 el predicador puritano John Winthrop. Se trata de una sociedad que desde su origen se propuso ser el ejemplo más acabado de caridad cristiana para el resto del mundo (Hartz, 1955: 58, 286, 290).

En suma, el destino o la fatalidad geográfica colocaron a México al lado de una potencia que en el siglo xx se transformó en superpotencia y cuya relación con el exterior ha estado inspirada por una ambición nacional que en su interpretación más benigna es, en su núcleo, un “imperialismo moral”. En esa circunstancia, la visión del mundo y el proyecto nacional mexicanos simplemente no pudieron sino ser una reacción frente a la política exterior estadounidense: dar forma a un nacionalismo propio y fundamentalmente defensivo, so pena de abdicar a la pretensión de soberanía e identidad.

#### PROBLEMA CENTRAL

En buena medida, la historia del México independiente corrió por los cauces que finalmente tomó, como resultado de haberse topado desde el principio con una de las ambiciones nacionales más poderosas y más exitosas de los dos últimos siglos: la estadounidense. En esas condiciones, los dirigentes mexicanos, a querer que no, se vieron forzados a definir la identidad de la nueva nación, su razón de ser como actor soberano de la comunidad internacional, en función de la relación con la gran potencia del norte. Se trató de una relación de raíz inevitablemente conflictiva, que en el arranque se planteó en términos de suma cero: la consolidación del dominio territorial tuvo el carácter de una disputa donde lo ganado por uno era lo perdido

por el otro. Tras la guerra de 1846-1848, la agenda entre los vecinos ya no volvió a plantearse en términos tan brutales, pero una creciente asimetría de poder hizo que incluso temas como las relaciones fronterizas, la distribución del agua, el intercambio comercial o los efectos de los procesos políticos mexicanos —que en varias arenas y, como resultado de la vecindad, se convirtieron en temas de la agenda interna estadounidense— pudieran transformarse en asuntos potencialmente conflictivos y peligrosos para México.<sup>3</sup>

#### LA EVOLUCIÓN DEL PROYECTO NACIONAL MEXICANO

Al examinar el proceso político de casi dos siglos del México independiente desde la óptica de la formulación, del choque de las diferentes aspiraciones de nación y de su resultado final, puede concluirse que el fracaso del primer gran proyecto mexicano —ese que se propuso hacer de la nueva y supuestamente rica nación una de las grandes potencias de la época (Ocampo, 1969)— fue resultado de la combinación de ideas exageradas sobre el potencial del país y del choque dentro de la élite de visiones de futuro de una sociedad muy dividida, dispersa, incomunicada y que carecía de los elementos básicos para ser realmente una nación. En efecto, tras la independencia en 1821, afloraron los choques entre los proyectos monárquico y republicano —cada uno con claros antecedentes coloniales—, que fueron evolucionando y traslapándose con las pugnas entre federalistas y centralistas y con algunos desarrollos francamente separatistas, como sucedió en Yucatán, tanto entre las élites criollas como entre grupos indígenas. Finalmente, a mediados del siglo xix, el proceso desembocó en una disputa entre conservadores y liberales dentro de una nación que seguía sin cuajar (Vázquez, 2003; Pani, 2001). Al final y como resultado de una guerra civil, serían los liberales, bajo el liderazgo primero de Benito Juárez en 1867 y posteriormente de Porfirio Díaz, quienes articularían y pondrían en marcha un programa que buscaba la modernización económica de México vía la superación del arreglo colonial, mediante la destrucción de las corporaciones, el predominio del individualismo, la creación del Estado laico, el deslinde y enajenación de terrenos nacionales, la apertura al gran capital exter-

<sup>3</sup> Para un examen de la evolución histórica de la agenda México-Estados Unidos puede consultarse Meyer, 2006.

no y, en la práctica, la sustitución por tiempo indefinido de los principios democráticos de la Constitución de 1857 por un autoritarismo paternalista. Para mantener el máximo posible de soberanía, el gobierno del presidente Díaz buscó y logró un cierto equilibrio entre la creciente presencia económica estadounidense y la europea e incluso contempló la posibilidad de introducir a Japón en esta fórmula.<sup>4</sup>

La sorpresiva caída del régimen liberal autoritario en 1910, como producto de un levantamiento popular, dio lugar, sobre la marcha, a la formulación de un nuevo gran proyecto: el de la Revolución mexicana. Éste buscó combinar la modernización material ya iniciada con la democracia política y la justicia social, es decir, con la incorporación al nuevo régimen de los indígenas, los campesinos, los trabajadores urbanos y las clases medias mediante una cierta redistribución de la riqueza y de los ingresos. El nuevo proyecto de nación contenido en la Constitución de 1917 quiso dar mayor peso a las políticas sociales —especialmente, a la reforma agraria— y ampliar la independencia relativa de México —la expropiación petrolera. Por lo que se refiere a la democracia, sobre la marcha se decidió posponerla a cambio de prescindir de la dictadura personal y sustituirla por la no reelección y un partido de Estado con amplias bases corporativas: CNC, CTM, CNOP.<sup>5</sup>

Una vez que en la década de 1940 se agotó el reformismo revolucionario (el cardenismo),<sup>6</sup> en su etapa posrevolucionaria el régimen reconstruyó su proyecto. El foco del nacionalismo mexicano posterior a la segunda Guerra Mundial ya no fue la confrontación con Estados Unidos sino la industrialización dirigida por el Estado, pero operada por una burguesía mexicana —en parte originada en el Porfiriato y en parte de nueva creación— que explotaría un mercado interno protegido. Políticamente, el proyecto estaría encabezado por una presidencia fuerte, sin límites constitucionales efectivos.<sup>7</sup> De cara al exterior, el objetivo fue sostener una independencia relativa alcanzada por la Revolución en su enfrentamiento con Estados Unidos, pero evitando ya el choque con los intereses fundamentales estadouniden-

<sup>4</sup> Una buena reconstrucción de las relaciones de Porfirio Díaz con Estados Unidos y Europa se encuentra en Cosío Villegas, 1963.

<sup>5</sup> El esfuerzo nacionalista de la Revolución mexicana ha dado lugar a una bibliografía considerable. Mi propia interpretación se encuentra en dos obras: Meyer, 1991 y 2009.

<sup>6</sup> La naturaleza de ese reformismo cardenista está analizada, entre otras obras, en Gilly, 2001.

<sup>7</sup> Sobre la naturaleza de esa presidencia rectora véase Carpizo, 1985.

ses durante la Guerra Fría y subrayando la independencia mexicana en temas secundarios para Washington, pero relevantes para México.<sup>8</sup> El énfasis en la justicia social se difuminó, pero no así la retórica populista a la que sirvió de apoyo el discurso nacionalista.

El “nacionalismo revolucionario” fue el sello de la política mexicana hasta que ese concepto murió como resultado de la gran crisis económica de 1982, que puso fin al modelo de crecimiento vía el mercado interno protegido. Sin embargo, la presidencia no tardó en elaborar un proyecto nacional alternativo: el liberalismo social, que en realidad no fue otra cosa que un neoliberalismo autoritario. La parte sustantiva de la nueva propuesta encabezada por Carlos Salinas fue el abandono, por imposible, de la modernización material basada en el mercado interno y en la independencia relativa frente a Estados Unidos. Lo viable, afirmaron Salinas y su grupo tecnocrático, era dejarse guiar por las señales del mercado, privatizar, disminuir el papel del Estado en la economía y abrazar la globalización por una vía que no estaba al alcance de todos: la integración económica con el vencedor de la Guerra Fría, con Estados Unidos, mediante la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1993 (Salinas, 2000). El objetivo y promesa del salinismo y de su proyecto fue hacer de México, en un tiempo corto, parte del selecto grupo de los ganadores económicos del nuevo orden mundial.<sup>9</sup> Fue tal la confianza de la clase política mexicana encabezada por la tecnocracia y de su contraparte en Estados Unidos, que el selecto grupo de países que constituían la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) aceptó a México como su miembro número 25, en 1994.

Finalmente, el proyecto del neoliberalismo autoritario —una *perestroika* sin *glasnost*— quedaría lejos de sus objetivos. En 1994, el levantamiento armado de los indígenas en Chiapas mostró las debilidades del tejido social mexicano y la amplitud de la marginalidad. Al año siguiente, en 1995, la economía tuvo una aparatosa caída de 7% en el PIB y, aunque se recuperó pronto, su crecimiento promedio se estacionó en la mediocridad. Finalmente, entre 1997 y 2000 la oposición electoral se fortaleció y avanzó hasta culminar en la derrota del candidato presidencial del PRI en ese últi-

<sup>8</sup> El análisis de la naturaleza de esta búsqueda de independencia relativa de México durante la Guerra Fría está desarrollado en Ojeda, 2001.

<sup>9</sup> Un estudio académico del proyecto salinista, no exento de simpatía, se encuentra en Centeno, 1994. Salinas hizo la defensa de su proyecto en *México: un paso difícil a la modernidad* (2002). Una crítica del salinismo puede encontrarse en Granados Chapa, 1996.

mo año, con lo que se puso fin a 71 años de control ininterrumpido del partido de Estado sobre una presidencia casi sin contrapesos y responsable indiscutible del proyecto nacional. En principio, México entró al siglo XXI con un nuevo régimen político y esa situación, aunada al poco éxito del neoliberalismo autoritario, hacía insoslayable el replanteamiento de la aspiración nacional.

#### UN PROYECTO NACIONAL EVANESCENTE

El cambio político del año 2000 dejó al Partido Acción Nacional (PAN), a la derecha histórica, en control de la presidencia. La legitimidad del nuevo gobierno era entonces incuestionable, pero no su fuerza política, pues no contaba con mayoría en el Congreso y el grueso de los gobiernos estatales permaneció en manos de las fuerzas del antiguo régimen. Por otro lado, la izquierda —el Partido de la Revolución Democrática (PRD)— no mostraba la pujanza que había tenido en 1988, pero era la tercera fuerza en el espectro político mexicano, controlaba la capital del país y representaba un proyecto alternativo.

Todas las propuestas de futuro para la nación que habían logrado convertirse en programas de gobierno en el pasado, de la liberal del siglo XIX a la breve pero espectacular neoliberal, pasando por la revolucionaria y la posrevolucionaria, habían surgido de entornos dominados por presidencias fuertes y en los que la oposición jugaba un papel insignificante o, en el mejor de los casos, secundario. En contraste, la visión que debía construirse para el siglo XXI tendría que ser elaborada en condiciones inéditas: las del pluralismo político, las de la democracia.

En principio, el nuevo régimen encabezado por el PAN, es decir, por la derecha, estaba naturalmente encaminado a proponer y conducir un proyecto de naturaleza neoliberal, pero democrático, cuyo aspecto nacionalista, es decir, la naturaleza de la relación con Estados Unidos, no estaba definido. En sus orígenes (1939), el PAN había mostrado claras simpatías por el franquismo y poca disposición para llegar a un entendimiento con Estados Unidos; sin embargo su posición cambió radicalmente con la derrota del Eje y el inicio de la Guerra Fría: muy pronto Washington y el PAN se encontraron en el anticomunismo. Durante la crisis electoral de 1988, el panismo llegó a un acuerdo político de fondo con Carlos Salinas (Anaya, 2008) y se mostró dispuesto a apoyar el proyecto salinista, que fue una adaptación a México de

la fórmula contenida en el “Consenso de Washington” —globalización, primacía del mercado, disminución del papel del Estado en la economía, privatización, déficit fiscal controlado, etc.<sup>10</sup> El PAN también estuvo de acuerdo con el TLCAN y con su meta de largo plazo: la integración económica de México con el vecino del norte. Por todo ello se entiende que, en principio, la derrota electoral del PRI en 2000 no representó una ruptura con el proyecto nacional del salinismo, sino una modificación, pues al neoliberalismo económico se le añadió la novedad de la consolidación democrática. En realidad, pareció entonces como si la propuesta global que hiciera Fukuyama en 1992 tuviera, ocho años más tarde, su contraparte en México.

La consolidación democrática como la novedad y el eje del proyecto nacional panista empezó a perder vitalidad muy pronto, en buena medida porque la presidencia de Vicente Fox simplemente se convirtió en una institución vacía de objetivos de largo plazo y porque, al final, ante el temor de una muy probable victoria de la izquierda en las urnas, la élite del poder mexicana decidió intercambiar la legitimidad y credibilidad electoral ganadas en 2000 por la certeza de mantener al PAN en el poder en el año 2006, lo que destruyó cualquier posibilidad de consenso y afectó negativamente la efectividad del gobierno para desempeñar su papel.<sup>11</sup>

La inédita victoria electoral de la oposición en 2000 llevó a que una buena parte de la opinión pública mexicana considerara que el país había entrado de manera irreversible en la etapa del gran cambio democrático cuyas consecuencias benéficas se reflejarían en todos los órdenes de nuestra vida colectiva —mayor equidad, combate a la corrupción, incremento en la seguridad—, pero la realidad resultó diferente. En poco tiempo el optimismo ciudadano se diluyó y así lo reflejaron las encuestas.<sup>12</sup> Y es que prácticamente no hubo diferencia entre los intereses que representaron las políticas económica, social y externa de los gobiernos encabezados por los priistas Carlos Salinas y Ernesto Zedillo y los que representan las políticas de los panistas Vicente Fox y Felipe Calderón. Sin diferencias de fondo, sólo quedó el estilo. Y el estilo panista de gobernar fue menos efectivo y más propicio a una relación abierta y estrecha entre gobierno e Iglesia, entre gobierno y gran empresa privada y, en general, más abierta y francamen-

<sup>10</sup> Sobre la naturaleza del “Consenso de Washington” véase Williamson, 1990.

<sup>11</sup> La incapacidad de Vicente Fox y los suyos para hacer realidad la consolidación democrática y fijar el rumbo del país está expuesta y analizada en Arriola, 2008.

<sup>12</sup> Véanse, por ejemplo, los pobres resultados de la confianza en el gobierno de la encuesta publicada por el diario *Reforma*, el 20 de mayo de 2008.

te de derecha que la estudiada ambigüedad del estilo priista del pasado (Arriola, 2008: 195 y ss).

Al final del gobierno de Vicente Fox, el neoliberalismo democrático se había debilitado en su parte democrática y la parte neoliberal no mostró un desempeño mejor que en el pasado inmediato. En el inicio del sexenio, el crecimiento del PIB per cápita fue negativo, aunque los altos precios del petróleo le permitieron una recuperación, de tal manera que de -1.1% del PIB en 2001 se pasó a 3.7% en 2006. En promedio, el crecimiento económico anual de ese primer gobierno panista resultó de 1.4% del PIB per cápita, una cifra mediocre frente a la dinámica de otras economías emergentes, como las de Brasil, India y, sobre todo, China. Al siguiente gobierno panista le alcanzó la gran crisis mundial que se desató al final de 2008 y que en 2009 tornó el modesto crecimiento de la economía mexicana en decrecimiento franco, como efecto inevitable de la recesión en el principal mercado mexicano: Estados Unidos. En esas condiciones, el neoliberalismo perdió más atractivo como eje de un proyecto nacional que pudiera sostener la confianza y despertar la imaginación de los mexicanos.

#### A LA BÚSQUEDA DEL PROYECTO NACIONAL PARA EL SIGLO XXI

Al inicio de su mandato, Fox decidió que el “bono democrático” que acababa de ganar le permitiría introducir cambios de forma y fondo en la relación de México con Estados Unidos. Su audacia inicial fue notable: confiado en su imagen internacional positiva como el primer presidente democráticamente electo desde 1911, así como en una cierta solidaridad internacional de derechas, Fox tomó la iniciativa y el 5 de septiembre de 2001, en su visita de Estado a la superpotencia del norte, demandó un acuerdo con Washington en un asunto sustantivo para millones de mexicanos, en lo personal, y para el interés general del país: uno que regularizara, legalizándola, la presencia de los trabajadores mexicanos indocumentados en Estados Unidos—alrededor de cinco millones. Para respaldar esa búsqueda de la legalización de una mano de obra mexicana que, *de facto*, ya era parte de la economía estadounidense, Fox ahondó el cambio iniciado por Zedillo en la política hacia Cuba en el campo de los derechos humanos: México se puso a tono con la posición de Estados Unidos y criticó al gobierno de La Habana por su trato represivo a los disidentes políticos. Ese cambio fue el anun-

cio del fin de lo que aún quedaba de la voluntad del gobierno de sostener la independencia relativa de México frente a Washington, por la vía de una política diferente a la estadounidense frente a Cuba, posición elaborada al inicio del decenio de 1960 y sostenida incluso hasta el gobierno de Carlos Salinas (Covarrubias, 2003).

Los sorprendentes ataques terroristas a Estados Unidos, en septiembre de 2001, hicieron casi irrelevante el tema mexicano en la agenda de Estados Unidos.<sup>13</sup> Sin el acuerdo demandado en Washington y con un gobierno dividido, Fox no logró el apoyo interno necesario para acompañar al presidente Bush en la dura posición que adoptó frente a Iraq en 2003. México, como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, se encontró entonces bajo una gran presión tanto de Estados Unidos como de la derecha mexicana para que respaldara con su voto en la organización mundial la decisión estadounidense de invadir Iraq, bajo el supuesto de que ese país tenía armas de destrucción masiva. Sin apoyo del PRI y del PRD para cambiar la histórica posición mexicana respecto del principio de la no intervención unilateral de un país en los asuntos de otro, Fox, sin convicción, tuvo que adoptar una posición propia del nacionalismo tradicional y tomó distancia de Estados Unidos (meses después, Fox haría rodar la cabeza del representante mexicano en la ONU, que había simbolizado la resistencia al designio estadounidense: Adolfo Aguilar Zinser). Al final de la administración foxista, tanto el viejo proyecto nacionalista como el que le substituyó, el de la integración neoliberal con Estados Unidos, se habían desdibujado, aunque sin desaparecer, pues no se había forjado el que los substituyera. Tanto la política interna como externa de México se movían a la deriva, sin la guía de una brújula ideológica, sin un proyecto claro.<sup>14</sup>

#### LAS POSIBILIDADES DEL FUTURO

En vísperas de la celebración del segundo centenario del inicio de la Independencia y del primero del inicio de la Revolución mexicana, el forcejeo entre las propuestas de los proyectos de derecha, centro e izquierda es, de

<sup>13</sup> Al recibir a Fox en la Casa Blanca, en la primera semana de septiembre de 2001, George W. Bush había afirmado que México era el país más importante para Estados Unidos. Después del 11 de septiembre de ese año, los países centrales fueron Afganistán e Iraq.

<sup>14</sup> Un análisis de esta falta de dirección o proyecto que caracterizó a la administración de Vicente Fox se encuentra en Lajous, 2007.

nuevo, parte sustantiva de la disputa por la nación. Este ríspido debate se centra en los grandes temas internos —la dinámica de la economía, la estructura social, las políticas públicas, la inseguridad pública, lo disfuncional del aparato de administración de justicia, etc.—, pero también en la relación con Estados Unidos.<sup>15</sup>

Leonardo Curzio, especialista en temas de seguridad nacional, señala que en la actualidad tanto en México como en Estados Unidos está ausente la voluntad y la imaginación para incorporar de manera constructiva en sus respectivos diseños de gran política nacional esa realidad insoslayable que es el arraigo de la interdependencia asimétrica dentro del marco legal creado por el TLCAN (Curzio, 2007). Desde su perspectiva, es difícil, aunque no imposible, intentar llegar a acuerdos de fondo que combinen una definición aceptable de soberanía para México con un esquema de seguridad fronteriza que sea conveniente para Estados Unidos y sobre esas bases asentar la parte internacional de un proyecto nacional mexicano revitalizado. Según Curzio, la Asociación para la Seguridad y la Prosperidad en América del Norte (ASPAN), delineada en 2005, hubiera podido ser el embrión de una fórmula que permitiera la coexistencia constructiva de dos proyectos nacionales al sur y norte del río Bravo (Curzio, 2007: 149-163). Sin embargo, de manera discreta, en agosto de 2009 se le dio por terminada.

Como sea, para llegar a la compatibilidad de los intereses mexicanos y estadounidenses de largo plazo será necesario remontar obstáculos enormes. En el caso de México, tendría que construirse un consenso político que hoy está ausente y que fuera capaz de permitir la coexistencia de los principios de política exterior de derechas e izquierdas. Sin embargo, por ahora, el contenido concreto de esos principios divide de manera tajante a los actores políticos mexicanos, como quedó demostrado en el debate de 2008 en torno a la industria petrolera.<sup>16</sup> Por otro lado, el tejido institucio-

<sup>15</sup> Desde la oposición de izquierda, el proyecto nacional ha sido delineado por Andrés Manuel López Obrador (2004); por lo que se refiere al PRI, sus propuestas al respecto se encuentran en sus declaraciones de principios, que pueden consultarse en Fundación Colosio, 2009. Por lo que hace al PAN, además de las declaraciones de principios, la exposición de su proyecto se encuentra en Castillo, 2006.

<sup>16</sup> Las discusiones que tuvieron lugar en el Senado de la República entre mayo y julio de 2008 en torno a la reforma de la legislación petrolera son un indicador muy claro de las concepciones antagónicas que prevalecían en México en relación con el contenido de lo que debe ser el nacionalismo mexicano actual. Para consultar todo el material del debate véase Senado, 2009.

nal del Estado mexicano se deterioró al punto de dar pie a una discusión a ambos lados de la frontera que se centró en determinar si México estaba o no en camino de ser un Estado fallido.<sup>17</sup> En cualquier caso, la recuperación del terreno perdido frente al narcotráfico y el fortalecimiento de las instituciones del Estado son en la actualidad elementos indispensables para dar credibilidad a la principal carta de negociación de México frente a Estados Unidos: su capacidad de garantizar la estabilidad de la estructura social de la frontera sur de la gran potencia.

Al concluir esta visión en torno al proyecto nacional mexicano no estaban dadas las condiciones que permitieran intentar dar forma a un gran consenso político interno que, a su vez, sirviera de base a un acuerdo bilateral México-Estados Unidos de igual naturaleza, que facilitara la compatibilidad de los intereses nacionales de largo plazo de la relación tan asimétrica como inevitable entre los dos vecinos. Sin embargo, es claro que ningún proyecto nacional mexicano, de la naturaleza que sea —de derecha o izquierda, nacionalista o globalizador—, puede ser viable si no acomoda de manera funcional el interés estadounidense. En ausencia del gran acuerdo —deseable, pero por ahora improbable—, la relación México-Estados Unidos se administra, pero sin el sostén de un conjunto claro de principios e ideas aceptado por los actores políticos relevantes y el respaldo de la opinión pública de ambos países. En Estados Unidos la severa crisis económica desatada en 2008 y sus consecuencias sociales, la dificultad en desocupar Iraq y resolver la tortuosa confrontación con Al Qaeda y con el talibán en Afganistán, la crisis en el Medio Oriente y otros temas igualmente urgentes mantienen en Washington el tema mexicano en el plano secundario en que ha estado desde hace buen tiempo. Por otro lado, en México, los efectos de un crecimiento económico mediocre en el último cuarto de siglo se agudizaron como consecuencia de la crisis económica estadounidense, aunados a la polarización política y social, a la brutal violencia desatada por el desafío del crimen organizado al Estado y la ausencia de un auténtico proyecto nacional, con lo cual adquieren el carácter de elementos de un

<sup>17</sup> Un ejemplo de la naturaleza de esta discusión sobre la viabilidad del Estado mexicano frente a los avances del crimen organizado, el colapso de los precios del petróleo y la mala salud de la economía se encuentra en el artículo central de la revista *Forbes* del 22 de diciembre de 2008 o en las declaraciones hechas el 16 de enero de 2009 por el jefe saliente de la CIA, Michael Hyden, quien señaló que el programa nuclear de Irán y la violencia del crimen organizado en México eran dos de los focos rojos que tendría que enfrentar el presidente Barack Obama al inicio de su gobierno.

círculo vicioso en el que un problema agrava el otro. En tales condiciones, México corre el riesgo de llamar la atención de Washington por las malas razones: por la posibilidad de que sea considerado un problema para su proyecto nacional, siempre necesitado de seguridad en su frontera sur.

Desde el inicio de la vida independiente de México, la fórmula adecuada para llevar a cabo una buena política exterior es una buena política interna. Y una de las condiciones para que ese proceso político interno sea sólido y exitoso es que exista un auténtico proyecto nacional; uno que cuente con la aceptación y el respaldo de las fuerzas políticas organizadas y que no sólo sea legítimo a ojos de la mayoría ciudadana, sino que encienda su imaginación y dé confianza de cara al futuro.

Al llegar al bicentenario de su independencia y al centenario de su revolución social y nacionalista, México se encuentra enfrascado en encontrar la solución de lo urgente en su agenda —economía y seguridad pública—, pero justamente por ello vive con un vacío en lo que se refiere al proyecto nacional para el siglo XXI, vacío que con el paso del tiempo se hace más notorio y más importante evitar que se prolongue.

#### ¿HACIA DÓNDE QUEREMOS IR?

La derrota de los neoconservadores en las elecciones estadounidenses de 2008 y la gran crisis económica que se inició también en ese año y en ese país y que rápidamente se extendió al resto del globo han puesto en entredicho el paradigma económico global dominante. Las crecientes dificultades que enfrentan Washington y sus aliados en su esfuerzo por salir de Iraq y rehacer el Estado fallido de Afganistán, más la presencia de los nuevos o revitalizados nacionalismos, como los de China, India, Brasil, Rusia o Irán —justamente esos que llevaron a Fareed Zakaria (2008) a acuñar el concepto de “mundo postestadounidense” para darle nombre a nuestra época— hacen urgente que México cuente con un mapa de navegación política propio en un mundo lleno de problemas, que van desde los básicamente locales —crecimiento económico, desarrollo social, justicia, sustentabilidad, seguridad pública, educación, salud, etc.—, hasta los que provienen de vivir en una comunidad global: la relación con la superpotencia estadounidense, la lucha contra el terrorismo, el control del armamento nuclear, la solución de los conflictos regionales, la protección de los derechos humanos, las reglas del comercio y las finanzas mundiales, el calentamiento

global o la degradación del medio ambiente, hasta la migración, el narcotráfico o la trata de personas.

Cada situación concreta requiere de decisiones y soluciones específicas, pero contar con una visión aceptada sobre lo que somos como país, lo que queremos ser y los valores por defender ayuda enormemente a dar prioridades, formar consensos y legitimar políticas. Urge, realmente, la formulación del proyecto nacional mexicano del siglo XXI.

#### REFERENCIAS

- Anaya, M., 2008. *1988: el año que calló el sistema*. México, Debate.
- Anderson, B., 1983. *Imagined Communities*. Londres, Verso.
- Arriola Woog, C., 2008. *El miedo a gobernar. La verdadera historia del PAN*. México, Océano.
- Carpizo, J., 1985. *El presidencialismo mexicano*, 5ª ed. México, Siglo XXI.
- Castillo Peraza, C., 2006. *El porvenir posible. Obras selectas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Centeno, M.A., 1994. *Democracy within Reason: Technocratic Revolution in Mexico*. University Park, Pennsylvania State University.
- Cosío Villegas, D., 1963. *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política exterior. Parte segunda*. México, Hermes.
- Covarrubias, A., 2003. La política mexicana hacia Cuba a principios de siglo: de la no intervención a la protección de los derechos humanos, *Foro Internacional XLIII* (3): 627-644.
- Curzio, L., 2007. *La seguridad nacional en México y la relación con Estados Unidos*. México, UNAM.
- Fundación Colosio, 2009. *Declaraciones de principios*, en <[http://www.fundacioncolosio.org/images/stories/documentos\\_basicos/declaracion\\_de\\_principios\\_pnr\\_prm\\_pri.pdf](http://www.fundacioncolosio.org/images/stories/documentos_basicos/declaracion_de_principios_pnr_prm_pri.pdf)>.
- Fukuyama, F., 1992. *The End of History and the Last Man*. Nueva York, Free.
- Gilly, A., 2001. *El cardenismo, una utopía mexicana*. México, Ediciones Era.
- Granados Chapa, M.A., 1996. *¡Escuche Carlos Salinas!* México, Océano.
- Hartz, L., 1955. *The Liberal Tradition in America*. Nueva York, Harcourt.
- Kagan, R., 2008. *The Return of History and the End of Dreams*. Nueva York, Knopf.
- Lajous, A., et al., 2007. *Vicente Fox: el presidente que no supo gobernar*. México, Océano.
- López Obrador, A.M., 2004. *Un proyecto alternativo de nación: hacia un cambio verdadero*. México, Grijalbo.
- Meyer, L., 1991. *Su Majestad británica contra la Revolución mexicana*. México, El Colegio de México.

✓ Meyer, L., 2006. Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano, *Foro Internacional XLVI* (185): 421-464.

Meyer, L., 2009. *Los orígenes del nacionalismo petrolero mexicano*. México, Océano.

Ojeda Gómez, M., 2001. *Alcances y límites de la política exterior de México*, 2ª ed. México, El Colegio de México.

Ocampo López, J., 1969. *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su independencia*. México, El Colegio de México.

Pani, E., 2001. *Para mexicanizar el segundo imperio: el imaginario político de los imperialistas*. México, El Colegio de México.

Salinas de Gortari, C., 2000. *México: un paso difícil a la modernidad*. México, Plaza y Janés.

Salinas de Gortari, C., 2002. *México: un paso difícil a la modernidad*, 4ª ed. Barcelona, Plaza y Janés.

Senado de la República, 2009. *Foros de debate de la reforma energética*, en <[www.senado.gob.mx/reforma\\_energetica/content/foros/index\\_foros.htm](http://www.senado.gob.mx/reforma_energetica/content/foros/index_foros.htm)>.

Vázquez, J.Z. (coord.), 2003. *El establecimiento del federalismo en México, 1821-1827*. México, El Colegio de México.

Williamson, J., 1990. What Washington means by policy reform, en J. Williamson (ed.), *Latin American Adjustment*. Washington, D.C., Institute for International Economics, pp. 5-38.

Zakaria, F., 2008. *The Post American World*. Nueva York, W.W. Norton.